

Enrique Baena Peña (coord.), *Visiones literarias y lingüísticas del paisaje urbano*, Marcial Pons, Madrid, 2019, 262 págs.

El primer golpe de vista sobre la portada nos adelanta que estamos ante un libro de alto nivel. La marca del editor Marcial Pons y la coordinación del catedrático Enrique Baena Peña son garantías de excelencia académica que invitan a recorrer unas páginas donde diez trabajos de máximo contenido intelectual nos llevan desde el disfrute de la «calidad de página» hasta profundas reflexiones sobre quiénes somos y dónde estamos.

El trabajo de los profesores Martos Núñez y Martos García nos traslada a la noche de los tiempos, en los inicios de las civilizaciones mediterráneas, cuando se construyen imaginarios sobre el más allá queriendo ofrecer a la comunidad consuelo y esperanza frente a la muerte. Los más antiguos asentamientos neolíticos y lo que llamamos las «primeras formaciones estatales» tienen su origen más al Oriente, en la zona del Tigris y el Éufrates. La primera referencia literaria que nos habla de una ciudad la encontramos en caracteres cuneiformes sobre tablillas de arcilla halladas en Nínive y fechadas sobre el 1700 a. C.; la epopeya nos habla sobre Gilgamesh, un rey de Uruk que reinó en Mesopotamia sobre el 2750 a. C. Podemos leer en el prólogo:

[...] las gruesas murallas de Uruk, ciudad con la que ninguna otra de la tierra puede compararse. Mira cómo sus baluartes brillan como el cobre al sol. Asciende por la escalera de piedra, más antigua de lo que la mente puede imaginar; llégate al templo de Eanna, consagrado a Ishtar, un templo cuyo tamaño y belleza no ha igualado ningún rey; camina sobre la muralla de Uruk, recorre su perímetro en torno a la ciudad, escruta sus soberbios cimientos, examina su labor de ladrillo, ¡cuán diestra es!; repara en las tierras que circunda: en sus palmeras, sus jardines, sus huertos, sus espléndidos palacios y templos, sus talleres y mercados, sus casas, sus plazas¹.

Toda esta descripción no tiene otra función que mostrarnos el poderío político del soberano y la refinada civilización del reino.

¹ *Gilgamesh* (versión de S. Michell), Alianza, Madrid, 2008, págs. 93-94.

Vemos una conexión, salvando las distancias, con el trabajo de la profesora Sara Robles Ávila, que estudia las relaciones entre ciudades españolas Patrimonio de la Humanidad que por medio de las nuevas tecnologías aspiran a difundir su riqueza monumental con la máxima eficacia; este reconocimiento y el uso de páginas web consiguen dos objetivos: el primero, económico, posicionar la ciudad como importante destino turístico; el segundo, sentimental, fomentar la identidad y el orgullo de pertenencia de sus propios ciudadanos. También en aquel antiquísimo texto se habla de la «ciudad soñada» que busca en su estudio el profesor Federico López Silvestre mediante el enfrentamiento entre las propuestas funcionales de Le Corbusier, por un lado, y la ciudad-naturaleza de Walser, por otro.

Las primeras referencias sobre las ciudades en el mundo mediterráneo las encontramos en los palacios minoicos y micénicos que nos descubre la arqueología; mientras la literatura nos habla del cambio de época cuando desaparece la «estirpe divina de los héroes» que:

[...] el terrible combate aniquiló bien a los pies de Tebas, la de las siete puertas en el país cadmeo, peleando por los rebaños de Edipo, o bien después de conducirles a Troya en sus naves, sobre el inmenso abismo del mar, a causa de Helena de hermosos cabellos².

Aquí tenemos la violencia devastadora de la guerra —que el poeta motiva por unas ovejas o una mujer— y evidencia que en la ciudad conviven la civilización y la barbarie. No hace falta remontarse a la Antigüedad, tenemos ejemplos en el siglo XX con la destrucción sistemática de ciudades o en el XXI en las Guerras del Norte de África, donde las ciudades también se convierten en campos de batalla y sus víctimas masivas la población civil.

Pero hay otra violencia más próxima, la tenemos a la vuelta de la esquina, y es la que nos desentraña el profesor Javier Rodríguez Pequeño penetrando en lo más dificultoso y recóndito de la ciudad —el lado oscuro— a través de la «novela negra». Aquí la ciudad se ha transformado en un espacio psicológico donde a causa de la desigualdad y el descontento social se crea una atmósfera de inhumanidad, donde el hombre se siente solo, anónimo e invisible. El marco natural de convivencia humana se ha transformado en un lugar demoníaco y lleno de peligros donde la violencia es el medio de resolver problemas. Ha desaparecido el orden, y la degradación moral que imponen los intereses económicos conduce al caos. El trabajo recorre el género policíaco desde los inicios con E. Allan Poe hasta Ellroy e Izzo; aquí vemos la evolución del crimen como anomalía individual que en el tiempo se transforma en algo estándar en un sistema corrupto donde han fracasado los principios y las leyes burguesas. La ciudad es la representación de una sociedad degradada y violenta³. Tucídides ya nos había trasladado las consecuencias de la falta de moral en la política: «La causa de estos males era el deseo de poder inspirado por la codicia y la ambición»⁴.

² Hesiodo, *Obras y fragmentos* (trad. de A. Pérez Jiménez y A. Martínez Díez), Gredos, Madrid, 1978, 157 y sigs.

³ J. Rodríguez Pequeño, «La ciudad en el género policíaco», págs. 246-257.

⁴ Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* (traducción y notas de J. Torres Esbarranch), Gredos, Madrid, 1990, III. 82, 4 y 8.

En el siglo XII a. C. desaparecieron los imperios antiquísimos y con ellos sus ciudades palaciegas, la escritura y el comercio. Hasta mediados del VIII a. C. en el entorno mediterráneo no se produce el sinecismo que conforma, en el origen, las ciudades como las conocemos hoy: «dado que la ciudad no tiene templos, ni edificios suntuosos y no está construida de forma conjunta, sino que está formada por aldeas dispersas a la manera antigua de Grecia...»⁵ Esto va acompañado de una nueva ética, la *sophrosyne*⁶, que será el modelo de comportamiento del ciudadano. Cuando Aristóteles define al hombre como *ζῷον πολιτικόν* está diciendo que la ciudad es el lugar natural para la vida en común y el espacio civilizado que articula el territorio. La ciudad es el destino y en ella el hombre tiene derechos y obligaciones; no es casual que la palabra que define al hombre libre en un Estado de Derecho sea «ciudadano» en oposición al término «súbdito», que es la misma persona en el Antiguo Régimen, trayendo históricamente hacia adelante el concepto. Retrocediendo, eran legendarios los relatos de fundaciones en que intervienen héroes: en Atenas, Teseo⁷; en Roma, Eneas, Rómulo y Remo⁸; en Cartago, Dido⁹; en Cádiz, el oráculo de Melkart en Tiro¹⁰... El espacio se sacraliza con un ritual preciso de ofrendas a la divinidad y continúa con la elaboración de leyes que regulen la convivencia; así en Atenas, las de Dracón y Solón, en Esparta, de Licurgo, en Roma, las Leyes de las XII Tablas...

La literatura contribuye intensamente a mantener la mitificación en la memoria. Hoy también hay ciudades señaladas que gracias a los libros —o al cine y las artes— se elevan por encima de otras, como el Madrid de Galdós, que el trabajo del profesor Francisco Estévez Regidor nos desgrana con minucioso detalle: «la belleza de los nuevos barrios tan espaciosos, los edificios de mejor factura, las tiendas refinadas, los jardines galantes, los numerosísimos teatros...». Todo a mayor gloria de la Corte y la burguesía acaudalada, que en las mismas calles se cruza con obreros honrados que reciben un salario muy modesto, o gente que sobrevive de la limosna de una institución religiosa. La literatura del XIX presenta también la realidad social y el conflicto de convivencia que la economía impone en un marco cambiante y diverso; los autores dejan al descubierto su angustia ante un escenario plutócrata o desquiciado donde la única salida es la sublimación y el mito¹¹.

En la aportación de M^a Isabel Morales Sánchez se manifiesta que la belleza es una construcción cultural y una tradición que recibimos y que condiciona nuestra percepción de la realidad individual y colectiva. En el trabajo, cuando se trata de la ciudad, se muestra la influencia que la literatura ejerce en nuestra propia identidad y en el imaginario social mediante diversos mecanismos: el mero marco de la acción; un espacio metafórico que condiciona el estado anímico y psicológico; o un referente

⁵ *Loc. cit.* 1. 10, 2.

⁶ En las fuentes antiguas, en general, es el ideal de carácter que combina templanza, moderación, pureza, prudencia y autoestima. Todo reunido da como resultado un individuo bien equilibrado.

⁷ Aristóteles, *Constitución de los atenienses* (trad. de M. García Valdés), Gredos, Madrid, 1984, I, 3-4 (384 R).

⁸ Tito Livio, *Ab urbe condita* (trad. A. Fontán), CSIC, Madrid, 1999, I, 1-8.

⁹ Virgilio, *Eneida* (trad. de E. Ochoa), Círculo de Lectores, Barcelona, 1999, I, 365-370.

¹⁰ Estrabón, *Geografía de Iberia* (trad. de J. Gómez Espelosín), 2007, III, 5: Islas.

¹¹ F. Estévez Regidor, «La metáfora urbana moderna: de Benito Pérez Galdós a inicios del siglo XX», págs. 198-201.

identificable con la realidad que nos resulta verosímil. La literatura es la clave para entender la conexión de la realidad con la imaginación; y así, la percepción individual sobre la felicidad, el progreso o la catástrofe —aspectos positivos o negativos— la situamos en espacios urbanos de forma artificial¹².

En la *Trilogía Americana* de Philip Roth, publicada en los tres últimos años del siglo pasado y analizada en este libro por Juan Antonio Perles Rochel, se crea un mundo ficticio que es mucho más estimulante que la realidad. Newark es la ciudad donde el autor nació a la literatura y donde cada libro se sitúa en un momento histórico concreto: el primero, la violencia de los años sesenta; el segundo, el clima persecutorio de las actividades del Comité de Actividades Antiamericanas; y, por último, el momento de persecución moral durante el *impeachment* a Bill Clinton. Según Hobsbawm, el problema político fundamental de Estados Unidos desde mediados del XIX fue cómo asimilar la masa heterogénea de emigrantes y hacerlos americanos; quien no aceptaba o no participaba en el proceso de adaptación y cumplimiento de los rituales colectivos era sospechoso de mal ciudadano¹³. En la *Trilogía* una serie de acontecimientos condiciona la vida de la comunidad durante el siglo XX: de una actividad industrial y comercial pujante se pasa a la Gran Depresión, la discriminación racial y la corrupción política, que, junto a la falta de servicios sociales en zonas empobrecidas, motiva la violencia en las calles. La *Trilogía Americana* aborda las tensiones que se evidencian en el país, y a través de la ciudad, desde su creación, con sus dimensiones materiales, religiosas, políticas o raciales unidas, por otra parte, en el «Sueño Americano»: un proyecto nacional democrático, con igualdad y libertad de todos los ciudadanos, incluidos los emigrantes. El protagonista, un judío sueco, aglutina todas las ilusiones de integración de la comunidad en la necesidad de asimilar los parámetros culturales de los WASP (*White Anglo-Saxon Protestant*) para evitar la discriminación¹⁴. En la *Trilogía* se presentan multitud de personajes, cada uno con su proyecto de vida, donde se entrecruza lo personal y lo público persiguiendo un objetivo mistificado e inalcanzable.

El profesor Baena Peña da una lección magistral de crítica literaria y plantea la convivencia necesaria entre lo real, público y exterior, y la creación poética, íntima y privada, a partir de la ciudad en *Tratado de Urbanismo* de Ángel González. En la obra se desvela la apariencia engañosa y la realidad más verdadera; el poeta se nos presenta oculto para desvelarnos un paisaje de soledad y aislamiento. Hay una vitalidad y una estética del contraste que se mueve en lejanías y cercanías metafóricas y que se resuelven mediante la ironía para descubrir la enorme indiferencia social, la paulatina desaparición del humanismo vencido por la vulgaridad y el olvido del orden natural frente al impulso de la banalidad teatral. Todo conduce a una tensión creadora del autor que navega entre el dolor personal y la imposición social que no acepta. Ante este paisaje se vale de lo irónico y la paradoja para realizar su crítica sobre las insuficiencias del mundo, sin dejar de aflorar nostalgias y mitologías que proclaman su soledad. Hay otra ciudad en el imaginario, en lo simbólico, que el poeta cree posible y desde donde contempla con humor el sinsentido y el drama de la realidad. Con la utilización de la ironía ya se ha invertido la realidad, mientras en el plano retórico se desvelan los estereotipos que rigen su apariencia de orden. A su vez, el acto creador

¹² M^a I. Morales Sánchez, «Construcciones literarias del paisaje urbano. Lectores, viajeros y visionarios», págs. 233-241.

¹³ E. Hobsbawm y T. Ranger, *La invención de la tradición*, Crítica, Barcelona, 1983, pág. 290.

¹⁴ J. A. Perles Rochel, «Newark en la *Trilogía Americana* de Philip Roth», págs. 52-55.

reacciona frente al mismo plano irónico manifestando su potencia crítica, capaz de atacar la realidad mostrando su dramatismo en la enajenación de la libertad¹⁵.

En todas estas reflexiones acerca del papel de la literatura en la sociedad —concreta en la ciudad— se plantean espacios simbólicos que no pueden separarse, como el «yo» y el «nosotros». Vivimos en la ciudad y sentimos una posesión doble y recíproca, ella es nuestra y nosotros le pertenecemos; nos identificamos y participamos de las leyendas y símbolos que cantan sus poetas, y a la vez ella vive en nosotros a través de nuestros recuerdos y nuestro presente; hay un bagaje de laberintos y secretos, de sitios concretos que marcaron nuestra historia con anhelos, momentos de alegría, y también desconsuelos. Es, pues, un juego de oposición entre lo individual y lo colectivo, lo íntimo y lo compartido, donde no debe haber víctimas; la ciudad se nos ofrece y nos exige. Pensamos que la dominamos y que podemos cambiarla, dejar nuestra huella, y la realidad es que nosotros pasamos y ella permanece, y la literatura es su testimonio.

Vicente Puchades Ferrer

¹⁵ E. Baena Peña, «Poética contemporánea y ciudad: Imagen de lo real y creación de lo irreal», págs. 182-185.

